



Protesta del Cuzco contra la invasión de Roma

CON singular consuelo, hemos recibido y leído la protesta formulada en la antigua y opulenta capital de los Incas contra el gran crimen de la invasión de Roma, que será infamia eterna de la dinastía de Saboya.

Hemos recibido también la carta pastoral, que el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo ha dirigido al clero y fieles de su diócesis, reprobando el horrible atentado, encomendando la santa oración y pidiendo á sus hermanos en el sacerdocio y á sus amados hijos, los fieles encomendados á su solicitud pastoral, una limosna para el augusto pobre del Vaticano, reducido á gloriosa mendicidad en defensa de la justicia; para el Padre y Doctor de todos los cristianos, de cuya boca ha arrancado la Revolución el pan de cada día, porque no habló la mentira y no se contaminó con la iniquidad, sino que *meditó la sabiduría y movió su lengua para hablar el juicio.*

He aquí los términos, tan sencillos como dignos y elevados, en que el Ilustrísimo señor Obispo protesta contra la invasión de Roma:

“Tiempo es ya de que vuestro indigno pastor, aunque el último de los Obispos del Catolicismo, una su débil voz y la de vosotros todos á la de todo el episco-

pado católico y á LA DE TODO AQUEL QUE SE REGOCIJE DE PERTENECER AL REBAÑO DE JESUCRISTO, protestando contra el violento despojo que ha sufrido nuestro Santo Padre Pío IX por el rey Víctor Manuel”.

Así, el Pontífice, en su nombre, y en el de su pueblo, cuya personería tiene ante la Iglesia Católica, levanta su voz para decir á una soberanía de este mundo la inmortal palabra que el apostolado católico ha hecho sonar siempre, en el oído de los reyes prevaricadores: *non tibi licet*.

El afecto filial del señor Obispo del Cuzco al Padre Santo se muestra bien en la manera como estimula la caridad de sus diocesanos, en favor del santo Prisionero del Vaticano.

Hé aquí este notable párrafo:

“No puedo todavía terminar, sin participaros la penuria á que ha reducido la revolución á nuestro amadísimo Padre: es cierto que sus enemigos le han ofrecido dinero, que nunca aceptará, porque tampoco nunca manchará su dignidad y decoro; en este caso, á nosotros los católicos nos cumple amasar el pan que debe alimentarlo y tejer la blanca túnica que debe cubrirlo; por esto, si posible es, *postrado á los pies de cada uno de vosotros, os pido una limosna para aquel Anciano*. ¡Qué! ¿sería posible que carezca de lo más necesario ese Padre, que tiene doscientos millones de hijos? eso nó; conozco vuestro amor filial y espero que contribuireis con el óbolo que os dicte vuestra piedad”.

Edificación causa la lectura de este párrafo. En él se siente al padre, al hijo y al pastor.

Su palabra va acompañada de la eficacia de su ejemplo.

Nuestro corresponsal del Cuzco nos asegura que el ilustre Prelado y su venerable capítulo han encabezado

con una respetable suma la colecta, que debe hacerse en favor del Padre Santo.

Al mismo tiempo que el señor Obispo del Cuzco dirigía á sus amados diocesanos la predicha carta pastoral, los fieles de la diócesis formulaban, por su parte, una protesta contra la invasión de Roma, mostrando así que estaban unidos á su Pastor, con los preciosos vínculos de amor y respeto filial hacia el Supremo Pastor de todo el rebaño de Nuestro Señor Jesucristo.

Por informes particulares, entre los que figura el de nuestro corresponsal, sabemos que las personas más notables del país, principalmente la juventud, se apresuraban á poner su firma al pie de la protesta; lo cual es tanto más creíble cuanto que, por una parte, son bien conocidos los sentimientos católicos del Cuzco y, por otra, era muy noble estímulo para la población, y particularmente para la juventud, el ejemplo que le daban los magistrados de la Il.ª Corte Superior, siendo los primeros en suscribir la protesta.

Muy viva ha sido nuestra satisfacción, al ver que solo uno de los señores vocales deja de figurar entre los firmantes, y al saber, por conducto particular, que uno de los miembros del Ilustre Tribunal fue el encargado de la redacción de la protesta.

No hay que dudarle: la prensa de la capital, más ó menos inspirada por ese genio maldito de la revolución, que en todas partes intenta la ruina del Catolicismo, deshonrándolo con groseras mentiras y torpes calumnias, muéstrase indiferente, cuando no hostil de alguna manera, como hace poco lo hemos visto, en presencia del movimiento católico del país, no, ciertamente, tan vivo y pronunciado, como nuestro corazón lo desearía, pero suficiente, atendidas la distancia del teatro de los acontecimientos y nuestras circunstancias políticas y sociales, para demostrar que son poderosos

aun, en el seno de nuestra sociedad, los sentimientos de la fe y del amor á la Iglesia.

El Herald de los dos últimos días nos da una buena prueba de este modo indigno de luchar contra la Iglesia y sus defensores.

El Herald nunca ha discutido con nosotros; pero siempre se ríe de nosotros.

Su risa no nos ofende, porque es la risa de un necio, pero sí nos entristece, porque es la risa de un cristiano que se mofa de la Religión, que debe defender con su sangre.

Cierto, señores Redactores de *El Herald*, leyendo *La Sociedad*, se aprende á rezar; no nos pesa por ello; pero, leyendo *El Herald*, se aprenden MENTIRAS, como la de que el Papa permite en Roma los espectáculos teatrales, durante la cuaresma; se aprenden CALUMNIAS como la de que los que defendemos el poder temporal del Papa somos *impostores, calumniadores, etc.*; se aprende INMORALIDAD Y CORRUPCION, como la de proponer que se dé por oficio á las mujeres jóvenes el de tomar medidas á los hombres para la confección de sus vestidos; se aprende, por último, Á ESCRIBIR SIN DIGNIDAD Y SIN DECENCIA, llamando *escritorzuelo y motilón* á uno de los escritores de *La Sociedad* y poniendo bajo la mirada del público frases como la siguiente: "si siguen así nuestros reverendos colegas, tendremos necesidad de pedir su conducción al Cercado para que reciban algunos baños de lluvia y friegas de..... mostaza, con el objeto de esperar que les desaparezca la manía de la Religión, del Papado y la Moral".....

Mejor es rezar y enseñar á rezar que escribir para el público semejantes cosas.

Quienes esto hacen, con hacerlo, están de sobra castigados.

Aunque digresiva, esta parte de nuestro escrito,

servirá de muestra para apreciar el criterio de cierta prensa, en materias religiosas, y las armas con que combaten por su causa.

Volviendo al punto principal de este artículo, lo terminamos, felicitándonos y felicitando al ilustre pueblo del Cuzco, por la manifestación que ha hecho á la Santa Sede en las presentes circunstancias.





El catolicismo liberal

Muy deplorable es, ciertamente, que la Iglesia católica, teniendo títulos divinos para cubrir con el manto de su augusta maternidad á todas las razas, á todas las tribus y á todas las lenguas de la tierra, vea fuera de su tierno regazo grandes pueblos y florecientes naciones, sin contar los dilatados países, sumidos aun en la oscura noche de la infidelidad.

Mas, esto no pasa de ser deplorable; pero, lo que lleva al espíritu la más amarga desolación es ver á los mismos hijos de la Iglesia Católica levantarse contra la autoridad divina de la Santa Sede; oponer á las infelices enseñanzas de la autoridad pontifical los inciertos juicios de su pobre razón; rasgar sin piedad la túnica inconsútil del Catolicismo, organizando á su manera este cuerpo indiviso é indivisible de la doctrina católica; erigirse en jueces de la que es único juez y maestro, en el orden religioso y moral; sujetar al criterio popular, más ó menos dirigido por las pasiones del corazón, las verdades reveladas, los sacrosantos principios de la moral y las leyes fundamentales de la sociedad; desertar, por último, de la gloriosa bandera de Jesucristo que el Jefe del catolicismo ha llevado con honor, durante 19 siglos, para militar bajo la bandera del Antecristo, cuyo reinado preparan todos los enemigos de la

Iglesia, cualquiera que sea su posición, su nombre ó su doctrina.

De aquí esa mezcla confusa y detestable de partidos anticatólicos, en el seno mismo de la Iglesia; de aquí esas dificultades perpetuas de entenderse y conciliarse acerca de tantos puntos de la doctrina católica.

De aquí esas monstruosas contradicciones de la tribuna y de la prensa, que adoran á Jesucristo y reniegan del Papa; que alaban la civilización cristiana y también admiran la civilización pagana; que afirman la verdad absoluta de la doctrina católica y reconocen, como un progreso, la libertad de cultos y de conciencia; que aceptan el Evangelio, como el único código moral y político de las sociedades, y no quieren, sin embargo, que regule las costumbres públicas y que sea el tipo y la regla de toda humana legislación; que reconocen la autoridad divina de la Santa Sede, á lo menos en el orden religioso, y se reservan el derecho de juzgar definitivamente su objeto y sus límites; que defienden el carácter social de la Iglesia de Jesucristo y le niegan los derechos comunes á toda sociedad; que enseñan, por último, la obediencia, que se debe á la autoridad doctrinal de la Iglesia, y no temen sustraerse á esa autoridad, siempre que lo juzguen oportuno, conservando, sin embargo, el título, los derechos y las prerrogativas de católicos.

Este monstruoso conjunto de contradicciones, verdadera ignominia de la razón humana y una de las grandes degeneraciones del espíritu, en el presente siglo, tiene un nombre, se llama CATOLICISMO LIBERAL.

Y los que, por ignorancia, fascinación, respeto humano ó refinada malicia, son secuaces ó propagadores, más ó menos celosos, de tales absurdos se llaman CATÓLICOS LIBERALES.

Estos forman, no tememos decirlo, una verdadera

secta anticristiana y son uno de los más serios peligros para la Iglesia y para la sociedad, en los presentes tiempos.

Como no se lanzan resueltamente al partido de la herejía y del cisma, tomando de ellas, únicamente, lo que halaga las pasiones de la muchedumbre, logran con facilidad numerosos adeptos. Huyen de la luz, que haría visible su deformidad, y también de las tinieblas, que harían sospechosa su conducta; por eso viven en perpetuo crepúsculo, prometiendo siempre que lucirá muy en breve sobre los pueblos y las sociedades el esplendor de un sol de medio día.

Los acontecimientos de los últimos 20 años han servido considerablemente, en el plan de la Providencia, para arrancar al catolicismo liberal la más preciosa de sus armas: el disfraz; y el Pontificado de Pío IX, por tantos títulos glorioso é inmortal, tiene el indisputable mérito de haber arrojado de las filas católicas á los soldados, sin conciencia y sin honor, que llevaban nuestro nombre y el nombre de la bestia.

El Syllabus de Pío IX, el poder temporal de la Santa Sede y la definición dogmática de la Infallibilidad Pontificia son, á no dudarlo, los puntos de radical separación que la Iglesia ha puesto entre los verdaderos católicos y aquellos de cuyas frentes ha sido borrado para siempre este glorioso nombre, aun cuando pretendan todavía el honor de llevarlo.

Estos gravísimos sucesos han producido, en las sociedades cristianas, el salubre efecto de poner en evidencia la radical y absoluta imposibilidad de toda conciliación entre el catolicismo liberal y la Iglesia Católica, desconcertando, así, uno de los medios más poderosos de seducción con que contaba la secta; á saber: la perspectiva de una inteligencia y de un acuerdo entre lo que ella llama la civilización moderna y la doctrina católica; creando, por medio de límites ciertos y

conocidos, una completa separación, que ya va teniendo las proporciones de un abismo, entre los católicos liberales y los verdaderos católicos.

Necesitamos repetirlo: Pío IX será llamado por la historia del pontificado el faro esplendoroso que alumbró el camino, fijando para siempre los linderos del campo enemigo,

Esto explica, en gran parte, la aparente contradicción, que hiere los ojos de un atento observador de nuestra época, entre las muchas defecciones de la Iglesia y las muy numerosas conversiones á su saludable doctrina.

El falso medio del catolicismo liberal se hará, cada día, más insostenible y más difícil; y tendrá que disolverse necesariamente, plegándose al partido de la Iglesia todo lo que hay en él de noble, recto y honrado y arrojándose al tenebroso abismo de la impiedad todo lo que hay en él degenerado ó corrompido.

Entonces, tendrá aplicación completamente práctica el principio fundamental del Catolicismo, que Jesucristo proclamó, como signo inequívoco de sus discípulos y que el Papa repite, en su nombre y con su autoridad: *el que no está conmigo, está contra mí.*

Entonces, también y por lo mismo, la Iglesia podrá contar el número de sus enemigos y la hipocresía no pedirá prestadas sus hermosas galas á la verdad y á la virtud, para cubrir con ellas la mentira y el vicio.

Uno de los más famosos librepensadores de Italia, el profesor Pedro Sbarbaro, ha sido herido por la luz que los últimos acontecimientos arrojan, y aunque detesta á la Iglesia Católica, rinde un tributo de admiración á Pío IX. Enemigo noble, sin abandonar su puesto, no insulta, sino que alaba la firmeza de su adversario; y colocado entre el Pontífice que lleva en alto y con honor la bandera del Catolicismo, y la chusma de

los católicos liberales, que, puesta en tierra una rodilla, saludan con risas, injurias y blasfemias el indomable valor de ese santo anciano, grita, impresionada su alma por la sublime grandeza de ese espectáculo: Viva Pío IX.

Queremos insertar aquí la carta, en que este enemigo nuestro cubre de infamia al Catolicismo liberal y rinde á la grandiosa figura de Pío IX el tributo de su respetuosa admiración.

He aquí el documento:

Respetado señor Director del Diritto Cattólico:

“Esta vez tengo verdadera necesidad de tomar la pluma para responderos.

Sepa, pues, y tenga la bondad de anunciarlo á sus devotísimos lectores y también á sus venerables lectoras, si las tiene, que el brindis que propuse en honor de Pío IX, en el banquete político, que tuvo lugar en el Hotel Real el 1.º del año, no solo fue motivado por la razón muy verdadera que US. ha dicho, sino por otra que se ha olvidado de manifestar,

He bebido, pues, á la salud de vuestro (*sic*) Sumo Pontífice, no solo para tributar homenaje á la noble tenacidad de sus propósitos y á la digna conciencia de su propia misión, que manifiesta con su conducta, respecto de los miserables y de los cobardes, que en su corazón lo detestan y lo burlan, y que con los labios y en público lo honran vergonzosamente é invocan su bendición; sino porque estoy profundamente convencido de que, sin la obstinación obstinadísima de Pío IX en rechazar valerosamente las absurdas propuestas de conciliación y los estúpidos ofrecimientos de acuerdo, que le ha hecho el gobierno italiano, á esta hora, se encontraría la Italia en la más triste y deplorable de las condiciones.

Yo bendigo la firmeza de nuestro supremo Jerarca en enseñar al gobierno de la revolución italiana lo que

el gobierno de la revolución italiana no ha sido hasta ahora digno de comprender; esto es: la noble y pura conciencia del propio origen y del propio oficio.

Saludaré siempre en Pío IX, si se mantiene, como lo espero, en esta gloriosa y admirable actitud, á uno de los salvadores de la causa de la libertad, porque considero que, si Pío IX hubiera descendido, por desgracia, á hacer acuerdos vituperables é indignos con la dinastía de Saboya, si le hubiera parecido útil y bueno adulterar el Catolicismo con torpes transacciones y acomodamientos políticos, hubiera triunfado en Italia la secta de los conciliadores de lo irreconciliable, la facción del titulado CATOLICISMO LIBERAL. Ahora bien, en cuanto á mí, la victoria de esta generación de políticos y filósofos eunucos, significa la victoria del equívoco y de la mentira. Por tanto, viva Pío IX, que nos ha salvado del dominio de estos sepulcros blanqueados.

“La Iglesia Católica, representada por vuestro Santo Padre, en toda la genuina pureza de sus antiguos é inmutables doctrinas, podrá, ó ser combatida, como lo hago yo según la medida de mis fuerzas, ó ser tomada como norma de las propias creencias religiosas. Pero, en el uno como en el otro caso, cada uno tendrá al menos la consoladora certidumbre de saber LO QUE SE DICE CUANDO SE HABLA Y LO QUE SE HACE CUANDO SE OBRA, la certidumbre de atacar ó de seguir la verdadera, y no sofística, Iglesia Católica de Roma.

“La cual, creo yo firmemente que O DEBE SER Y MOSTRARSE TAL COMO ES, como se revela en los actos del Papa y en los escritos de la *Civiltá Católica*, O NO EXISTIR.

“Vosotros, católicos sin temores y sin contradicciones, enseñando á los pueblos y á los reyes el valor de las propias convicciones, perseverando, mientras en

todas partes perdeis la potencia material, en combatir con la fe en la fuerza moral de vuestros principios, salvais, á un tiempo mismo, los títulos de la dignidad humana y los derechos imprescriptibles de la lógica y de la razón; mientras que el gobierno italiano y los apóstoles de la Iglesia reformada conculcan y traicionan la santa causa de la una y de la otra. Tal es mi manera de pensar; y con este pensamiento grité y gritaré todavía: VIVA PÍO IX.

Módena, enero 5 de 1871.

Su afectísimo servidor.

Pietro Sbarbaro.

Ahora solo nos cumple dirigirnos á los católicos liberales y decirles: lo que vosotros vilipendiáis y escarnecéis en el Pontificado, eso forma el objeto de la admiración y los elogios de un libre pensador.

Tomad ejemplo, ó para convertirlos, ó para avergonzarlos.

